

¡A la porra los nombres científicos!♦

Don Enright

Planificador de interpretación y asesor en experiencia de visitantes
Canadá
don.enright@gmail.com

Traducido por: Boletín de Interpretación.

Los nombres científicos no tienen cabida en los textos y presentaciones al público

Hubo un tiempo en que yo era algo pedante y tedioso. Es difícil de creer, lo sé, pero tengo vívidos recuerdos de lanzar nombres en latín para impresionar a mi audiencia. Era joven e inseguro, y trataba de hacer lo mejor que podía con un caso grave de síndrome del impostor. Recuerdo claramente haber interpretado el papel de una garrapata en una representación insistiendo en decirle a la gente que mi nombre científico era *Dermacentor andersoni*.

Mirando al pasado, ¿por qué ni se me ocurrió preguntarme cómo podría saber su nombre científico aquel personaje –una garrapata en el campo–? ¿Acaso había encontrado un minúsculo librito de botánica debajo de una margarita? ¿Cuánta gente de la audiencia sería capaz de recordar ese nombre? En todo caso, ¿qué significan esas palabras? ¿Y cómo podría el aprendizaje de esas dos palabras en latín ayudar a alguien a comprender las garrapatas, a apreciar su lugar en la naturaleza o a estar preparado para encontrarse con garrapatas en el campo? ¡Dios santo! Ahora, cuando miro al pasado, pienso que era un idiota.

Los nombres científicos casi nunca aportan valor para el público general, a no ser que en realidad estés interpretando la taxonomía, la ciencia de nombrar cosas. Se puede hablar del tordo «azulejo» [*bluebird*] sin decir nunca *Sialia*; se puede escribir un excelente cartel interpretativo sobre la «salicaria» sin escribir *Lythrum* ni una sola vez.

♦ Artículo publicado en el sitio web de Don Enright: <https://www.donenright.com/>.
Agradecemos nuevamente a Don su colaboración con el Boletín de Interpretación.

Por supuesto, hay algunos nombres que podrían necesitar una desambiguación, como «barba de cabra», por ejemplo. Parece que todas las flores blancas y borrosas han sido llamadas «barba de cabra» en algún momento de la historia. Pero –adivina–: la mayoría de estas especies tienen nombres alternativos en inglés, y cada una se puede aclarar con una foto y un poco de información sobre su biología.



Esta es la barba de cabra silvestre para ti. Foto: Walter Siegmund.

Porque aquí está la cosa: con cada *Aruncus dioicus* que sueltas, sutilmente le estás diciendo a las visitas que tu programa no es para ellas; que son un poco menos bienvenidas que las personas que están inmersas –como tú– en la tradición académica occidental. Esto es desagradable e innecesario. En realidad, es justo lo contrario de lo que estamos tratando de conseguir en nuestra profesión.

Reconozco que algunas criaturas simplemente todavía no tienen buenos nombres comunes. Hace pocos días acabo de escribir *Lymantria* en un texto interpretativo orientado a familias... y me estremecí al hacerlo; pero resulta que el nombre en inglés de esa pequeña polilla invasora es peyorativo para un grupo etnocultural, y ¿quién necesita eso?

Y luego (¡glup!) está el problema de los dinosaurios. La mayoría de ellos nunca han sido agraciados con nombres comunes... y es una lástima. Me refiero a que, por ejemplo, *Tyrannosaurus rex* es muy fácil de recordar, y un nombre científico como *Hadrosaurus* no es demasiado difícil de pronunciar. (Lamentablemente, los hadrosaurios son tan emocionantes como las ovejas de Guernsey). Por el contrario, animales realmente emocionantes, como *Pachycephalosaurus*, o bestias completamente impactantes, como *Therizinosaurus*, no son celebrados ni recordados porque nadie puede pronunciar ni recordar sus nombres. ¿Alguien puede hacerse cargo del nombre común de los dinosaurios? Gracias.



Podría decirte que este es un *Therizinosaurus*, pero nunca lo recordarás, ¿verdad? Imagen: *PaleoNeolítico*, CC BY 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0>, vía Wikimedia Commons.

¿Te odias por ser «solo» intérprete?

Durante años he librado la batalla contra los nombres científicos en la escritura interpretativa y, la mayoría de las veces, he perdido. Incluso cuando quienes escriben o editan no puedan identificar ningún valor que los nombres en latín aporten al público que lee, terminan agregándolos de todos modos, porque creo que hace que se sientan mejor. Los nombres científicos –en latín– hacen sentir como verdaderas científicas a las personas que hacen interpretación.

Al comienzo de este artículo mencioné el síndrome del impostor; es algo con lo que todo el mundo lidia de alguna manera. Pero hay otra cuestión en el asunto de la credibilidad que es particularmente desafiante para las personas con formación científica. Ten paciencia conmigo un momento.

Como gay de cierta edad, he tenido que trabajar mucho para reconocer la homofobia interiorizada, el equipaje y la vergüenza que he llevado conmigo durante años. Los y las intérpretes que provienen de programas de ciencia en la universidad también tienen bagaje. Pasaron años (y dólares) obteniendo esa licenciatura o maestría, y creo que algunas de estas personas sienten un poco de vergüenza por no haberse convertido en científicas que publican, y tuvieron que «conformarse» con la interpretación o la escritura divulgativa científica. Este tipo de autodesprecio es, como la homofobia interiorizada, desafortunado y curable. La nuestra es una profesión noble y, sinceramente, creo que tú puedes hacer más bien en el mundo como intérprete en activo que lo que la mayoría de la gente que investiga en ciencia logrará jamás. He construido mi carrera profesional en torno a esa convicción.

Pero seguro que hemos trabajado con profesionales que escriben o dan charlas que insisten en aumentar su credibilidad con una jerga impenetrable, que crean experiencias pensando sobre todo en sus colegas de la academia. «No puedo simplemente llamarla ‘pinguicula’, ¿qué pensaría mi TUTORA?». Por lo tanto, señalan su pertenencia a un grupo de élite a través de un vocabulario elitista. Y se establecen como herederos o herederas intelectuales de la tradición científica occidental colonial. (Bostezo).



Pinguicula [*Butterwort*]. Una extraña e increíble planta, incluso sin su nombre científico. Foto: Ivar Leidus, CC BY-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0>, vía Wikimedia Commons.

Los nombres en general no importan mucho

Sí, los nombres latinos son imperialistas. Piensa en los grandes exploradores y naturalistas de la historia (Darwin, Wallace, Humboldt, Steller) y las sociedades científicas a las que informaron. Estos hombres no solo se subieron a barcos para avanzar en el conocimiento científico, sino que fueron puestos allí para inventariar y catalogar las nuevas posesiones del imperio. Tanto con los seres vivos como con los accidentes geográficos, «nombrar» siempre ha sido el primer paso para reivindicar.

Creo que por eso nos aferramos a los nombres en latín e insistimos en nombrar las cosas como la primera información que enseñamos. Saber el nombre de algo nos proporciona un sentimiento de soberanía sobre ello, y con ese sentimiento de propiedad viene una falsa sensación de comprensión.

¿Y qué tal si abandonamos ese impulso imperialista? ¿Qué pasaría si nos concentráramos en interpretar la apariencia, el comportamiento, la ecología, los sonidos, los movimientos y la belleza antes de dedicarnos a la tarea de nombrar?

De todos modos, los nombres suelen ser lo menos interesante de una especie, y los nombres en latín en particular suelen decirnos más sobre los científicos que sobre la especie en sí. En mis paseos para ver pájaros le sigo diciendo a la gente: «Ese pájaro no tiene idea de cómo se llama y le importa un pimiento. Solo observémoslo por un rato».

Olvídate de los nombres científicos. Abandona el impulso de impresionar con la nomenclatura científica; serás mejor intérprete.